Cuidando a quienes cuidan: Reflexiones sobre la protección infantil organizaconal y la educación en la primera infancia

Por Neusa Maria Lopes Sauaia

Psicóloga, fundadora y presidenta de Núcleo Espiral, Brasil

Lo que aprendí de los niños y niñas

Mi trayectoria en el ámbito de la protección infantil comenzó con una pregunta que sigue guiando mi trabajo: ¿cómo podemos ayudar a niños, niñas y adolescentes que han sufrido violencia, abandono u otras adversidades a reconocer y fortalecer sus propios recursos?

Al trabajar con chicos y chicas en instituciones de acogida, llegué a comprender que sus experiencias no siempre podían expresarse con palabras. La angustia, las necesidades y las oportunidades de desarrollo podían manifestarse a través del cuerpo, el movimiento, el juego, los dibujos y las relaciones con los demás.

Por lo tanto, era necesario crear espacios que no dependieran exclusivamente de la expresión verbal, donde ellos y ellas pudieran explorar diferentes formas de comunicarse, reconocer sus sentimientos y construir relaciones de confianza.

En 2003, mi investigación de maestría en la Pontificia Universidad Católica de São Paulo exploró formas de fortalecer la resiliencia a través de experiencias estructuradas con niños y niñas en centros de acogida. Este trabajo sentó las bases de lo que más tarde se convertiría en el Método Espiral.

El enfoque se desarrolló mediante la integración de experiencias corporales, actividades expresivas, el juego y la interacción grupal. En lugar de ofrecer ejercicios aislados, buscamos crear procesos en los que los niños y niñas pudieran involucrarse con sus experiencias, encontrar oportunidades de expresión y fortalecer sus recursos personales y relacionales.

Este trabajo también profundizó mi comprensión de la importancia de las relaciones. Lo que niños, niñas y adolescentes experimentan no ocurre de manera aislada: está influenciado por la calidad de las relaciones y las condiciones de cuidado que los rodean. Esta perspectiva nos llevó a enfocarnos también en los/as adultos/as que forman parte de sus vidas.

De los/as niños/as a los/as adultos/as que les cuidan

A medida que se desarrollaba el Método Espiral, nuestro trabajo se amplió para incluir a educadores/as, maestros/as, profesionales de la salud y la asistencia social, familias y otros cuidadores. Esto no fue una desviación de nuestro propósito original, sino una forma de profundizar nuestro trabajo.

En la primera infancia, niños y niñas dependen especialmente de adultos/as que puedan reconocer sus necesidades y brindarles seguridad, cuidado y orientación. Dado que ellos y ellas aún están desarrollando el lenguaje para comunicar emociones complejas, el miedo, la inseguridad o la angustia pueden expresarse a través del comportamiento, el movimiento, el juego u otras formas de comunicación.

La forma en que los/as adultos/as responden es importante. Sin embargo, educadores/as y cuidadores/as también enfrentan estrés, frustración y desafíos emocionales que pueden afectar sus relaciones con chicos y chicas. Por lo tanto, llegamos a considerar que apoyar a estos/as profesionales es una forma de contribuir a crear entornos más protectores.

A través de las actividades de capacitación de Núcleo Espiral, buscamos brindar oportunidades para experimentar la conciencia corporal, la expresión emocional, el reconocimiento de límites, la escucha y el desarrollo de relaciones. El objetivo no es simplemente enseñar a los/as adultos/as qué hacer con un niño o niña, sino fomentar la reflexión sobre cómo perciben, sienten y responden en las relaciones de cuidado.

El Método Espiral en la práctica

El Método Espiral reconoce que el aprendizaje emocional y relacional implica experiencias que van más allá de la transmisión de información. Integra cinco pilares interconectados: Cuerpo, Experiencia, Símbolo, Grupo y Resiliencia.

Cuerpo

El cuerpo es una dimensión fundamental de la experiencia humana. A través de la atención a las sensaciones corporales y al movimiento, se invita a los/as participantes a tomar conciencia de la tensión, las emociones y las diferentes respuestas ante situaciones cotidianas. Esa conciencia puede ayudar a los/as cuidadores/as a reconocer su propio malestar y a responder de manera más reflexiva ante los desafíos que implican a niños y niñas.

Experiencia

El aprendizaje experiencial integra sensaciones, emociones, pensamientos y relaciones. Las actividades crean oportunidades para explorar diferentes formas de percibirse y expresarse, y luego reflexionar sobre lo vivido. El énfasis está en la experiencia de los/as participantes, más que en un resultado predeterminado.

Símbolo

Una perspectiva simbólica reconoce que las expresiones corporales, las imágenes, el juego y las producciones creativas pueden tener significado dentro de la experiencia única de cada participante.

La simbolización no significa asignar interpretaciones fijas a las expresiones de los niños y niñas o de los/as adultos/as. Más bien, implica crear condiciones en las que las experiencias puedan vivirse, expresarse y trabajarse en un contexto relacional. Desde esta perspectiva, el cuerpo no es meramente un instrumento para las actividades, sino un campo de experiencia y expresión simbólica.

Esta distinción es especialmente importante al trabajar con niños y niñas: sus expresiones creativas no deben interpretarse automáticamente ni utilizarse de manera aislada para determinar lo que están sintiendo o experimentando.

Grupo

El grupo ofrece un entorno para la conexión, las experiencias compartidas y el aprendizaje relacional. Los y las participantes pueden practicar la escucha, reconocer diferencias y límites, y construir confianza y apoyo mutuo. Para educadores/as y cuidadores/as, las experiencias grupales también ofrecen oportunidades para reflexionar sobre los desafíos compartidos en el cuidado cotidiano.

Resiliencia

La resiliencia se entiende como una capacidad que puede fortalecerse a través de la experiencia, los recursos personales y las relaciones de apoyo. No se trata de exigir que los/as niños/as o los/as adultos/as soporten la adversidad en soledad, sino de un esfuerzo por fomentar condiciones que amplíen su capacidad para afrontar situaciones y desarrollarse.

En el Método Espiral, la resiliencia es el quinto pilar, que surge de la integración del Cuerpo, la Experiencia, el Símbolo y el Grupo. Los pilares no son etapas independientes; funcionan en conjunto, respetando el ritmo y la individualidad de cada participante.

El cuidado como parte de la protección infantil

Nuestra experiencia, que comenzó con niños y niñas en instituciones de acogida, nos ha enseñado que la protección debe tomar en cuenta tanto las necesidades de chicos y chicas como las relaciones y los entornos en los que crecen.

En la educación de la primera infancia, esto significa prestar atención a las interacciones cotidianas: cómo un/a maestro/a consuela a un/a niño/a asustado/a, establece límites, reconoce señales de angustia o da espacio para el juego y la expresión. Estos momentos requieren conocimiento profesional, pero también sensibilidad, autoconciencia y disponibilidad emocional.

El Método Espiral busca contribuir a este aspecto relacional de la educación al ayudar a profesionales a reflexionar sobre sí mismos/as y sus interacciones con los niños y las niñas. No reemplaza las medidas formales de protección infantil organizacional. Las políticas institucionales, la capacitación para reconocer riesgos, los procedimientos de denuncia y derivación y el acceso a servicios especializados siguen siendo esenciales. El trabajo experiencial puede complementar estas medidas al fortalecer las dimensiones humanas y relacionales del cuidado.

Una convicción se ha vuelto fundamental para mí: proteger a niños, niñas y adolescenets significa más que prevenir la violencia. También significa crear las condiciones para relaciones seguras, oportunidades de expresión y apoyo para el desarrollo. El Método Espiral comenzó con la búsqueda de estas posibilidades entre los niños y las niñas y se expandió a medida que reconocimos que los/as adultos/as también necesitan oportunidades de cuidado, reflexión y crecimiento.

Cuidar a quienes cuidan es una forma de fortalecer las relaciones que protegen a los/as niños/as. Junto con prácticas institucionales responsables de protección, estas relaciones pueden contribuir a prevenir la violencia y a construir entornos más seguros.

Acerca de la autora

Neusa Maria Lopes Sauaia es psicóloga y fundadora y presidenta del Núcleo Espiral – Asistencia, Investigación y Prevención de la Violencia contra Niños, Niñas y Adolescentes, en Brasil. Es licenciada en Psicología y cuenta con una maestría en Psicología Clínica de la Pontificia Universidad Católica de São Paulo, además de una especialización en Psicoterapia Junguiana combinada con técnicas corporales del Instituto Sedes Sapientiae.

Su formación adicional incluye la Experiencia Somática, la Autocuración y enfoques terapéuticos que abordan el trauma y la integración cuerpo-mente. Es miembro del Instituto Brasileño de Terapia con Arena. Su trabajo se centra en la prevención de la violencia, la atención a niños, niñas y adolescentes vulnerables y el fortalecimiento de la resiliencia. Desarrolló el Método Espiral, un enfoque que integra procesos corporales, experienciales, simbólicos y grupales en el trabajo con niños, niñas, familias, educadores y profesionales de la atención.